

Nueva visita a Camilo Bargiela

EMILIO GAVILANES

El estudio más completo de que disponemos sobre Bargiela es el que le dedicó Luis Sánchez Granjel en 1960¹. Mi intención en las páginas que siguen es tan sólo añadir algunas noticias con las que me he ido topando en el curso de mis lecturas, completadas con cierta rebusca en hemerotecas y archivos.

Azorín, en su evocación del Madrid de principios de siglo, juzga a Bargiela como uno de los personajes más representativos del 98². Y refiere una anécdota³, que también contaron los hermanos Baroja (las ligeras diferencias de cada versión caracterizan muy ajustadamente a cada uno de sus narradores), en la que se cifra la situación de aquel grupo de escritores incipientes. Pasea Bargiela por Recoletos, lanzando a las damas inútiles miradas de castigador, y se revuelve ofendido: «Nos miran con un desvío inexplicable». Es la época a la que se refieren la mayoría de los testimonios que han dejado quienes lo conocieron. La época en la que escribe prácticamente todo lo que conocemos de él. La época en que ya ha ganado plaza

¹ «Recuerdo de Camilo Bargiela», en *Baroja y otras figuras del 98* (Madrid: Ediciones Guadarrama), pp. 207-217. Este es el artículo al que remite Arturo Ramoneda en el *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, dirigido por Ricardo Gullón (Madrid: Alianza Editorial, 1993). En un libro anterior, Sánchez Granjel ya había aludido a alguna de las actividades literarias de Bargiela (*Panorama de la generación del 98* [Madrid: ediciones Guadarrama, 1959], v. pp. 90 y 107). Después lo volverá a nombrar en *La generación literaria del 98* (Salamanca: Anaya, 1973), pp. 113, 130 y 134. Y en *Maestros y amigos de la generación del noventa y ocho* (Salamanca: Universidad, 1981), pp. 118, 201, 202 y 210.

² *Madrid* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1941), p. 142. Seis años más tarde lo volverá a recordar en un artículo de *ABC* que sería recogido en *Escritores* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1956), pp. 301-303.

³ La contó en los dos textos citados.

en el cuerpo diplomático (algo que Valle Inclán se encargaba de negar con desdén⁴) y entretiene la espera de destino asistiendo a tertulias y haciendo espartana vida de bohemia⁵. Ricardo Baroja, en esa espléndida obra maestra que es *Gente del 98, lo dibuja ya desde las primeras páginas*⁶ dándole tormento a la media ceja que sobrevivía a la erosión constante de la uña de su dedo corazón, vestido con ropa de un mismo color pardo uniforme por el uso prolongado y exclamando «eso son magras del Perú», su máxima expresión de desdén⁷. Asiste a las tertulias del Ateneo⁸, del Café Madrid, de la horchatería de Candelas, de la Cervecería Inglesa, del Café de la Montaña (hacia 1900), del nuevo Café de Levante (abierto en 1903)⁹, casi todas de orientación modernista, presididas generalmente por Benavente o por Valle Inclán, quien no pierde ocasión de atacar a su paisano, sobre todo en lo que se refiere a su manera de vestir, que el propio Bargiela encontraba elegante. Llevaba unos «pantalones destrozados —cuenta Pío Baroja— de los que sólo quedaban los tubos, que sujetaba con cuerdas al cinturón. A los pantalones destrozados se les llamaba pantalones Bargiela»¹⁰. A pesar de todo, Bargiela se las daba de conquistador y se permitía darle consejos a Baroja para tener éxito con las mujeres. Baroja los comenta con ironía. Había que dejarse «bigote a la borgoñona como él, ponerse una chalina azul como él y andar con un aire decidido y marcial, llevando el bastón agarrado por la contera, también como él»¹¹. Hasta

⁴ Valle Inclán lo despreciaba profundamente, no sabemos por qué (sobre todo teniendo en cuenta que el sentimiento no era recíproco: en *Luciérnagas*, Bargiela habla muy generosamente de un Valle Inclán que por entonces apenas ha publicado un par de cosas). En *La cara de Dios*, una novela por entregas del Valle Inclán primerizo (hay edición moderna en Madrid: Taurus, 1972, prólogo de Domingo García Sabeñl), basada en una obrita de Arniches, aparece un personaje, un inspector de policía, llamado Bargiela y apodado Bigotes. Zamora Vicente nos ha enseñado que ese personaje es una burla de Camilo Bargiela (*Valle Inclán, novelista por entregas* [Madrid: Taurus {Cuadernos Taurus, núm. 117}, 1973], pp. 41 y 43; aunque ya lo había señalado, de pasada, sin detenerse, en *La realidad esperpéntica (Aproximación a «Luces de Bohemia»)* [Madrid: Gredos, 2.ª ed., 1983], p. 43).

⁵ *Algo que nunca olvidará*. El 3 de agosto de 1907, poco antes de tomar posesión de su plaza de cónsul en Casablanca, escribe a Madrid pidiendo, con mucha desenvoltura y gracia, dinero, y dice: «Mi equipaje anda por esos mundos, desperdigado, pues dada la precipitación de mi viaje, no pude traerme conmigo más que maletas y un baúl pequeño. Sino fuera por el fondo de bohemia que dejó en mí, la vida literaria que he llevado, era cosa de desesperarse» (legajo P44, expediente 2021, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores).

⁶ Es el segundo en aparecer, poco después que Valle Inclán.

⁷ Madrid: Cátedra, ed. de Pío Caro Baroja, 1989, pp. 58 y 67.

⁸ Valentín Paz-Andrade, *La anunciación de Valle-Inclán* (Buenos Aires: Losada, 1967), p. 82.

⁹ Sánchez Granjel, *Maestros y amigos...*, p. 201. Julio Caro Baroja, hablando del político Portela Valladares, que fue jefe de gobierno durante la II República, dice que «había estado en las tertulias de comienzo de siglo, en el "sector gallego" de Valle Inclán, Bargiela, etc.» (*Los Baroja (Memorias familiares)* [Madrid: Taurus, 1972], p. 248).

¹⁰ *Desde la última vuelta del camino. Galería de tipos de la época* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1947), p. 115.

¹¹ *Desde la última vuelta del camino. Final del siglo XIX y principios del XX* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1945), p. 184.

Azorín, que es quien menos busca la burla al hablar de Bargiela, es incapaz de sustraerse al chiste, con la disculpa del bastón, que «al no tener contera, como no tenía, había ido desgastándose y llegó a ser un palo cortísimo, en el que Bargiela, al caminar, se apoyaba inclinándose violentamente a un lado»¹². De cuantos nos han dejado testimonio escrito de su trato con él, el que lo trata más respetuosamente es Cansinos Assens¹³. Tal vez tenga que ver con esto el que Cansinos fuese casi veinte años más joven que Bargiela, más del doble de los años que sacaba a los Baroja o a Azorín. En las páginas de Cansinos, nos encontramos incluso con una curiosa inversión: nadie se ríe de Bargiela y es Bargiela quien se ríe de otros, especialmente de Villaespesa. Le escuchamos y en la reproducción de sus palabras no hay ironía (como sí hay, por ejemplo, en Pío Baroja). Cansinos no nos dice: escuchen qué majaderías decía este hombre, qué gracias tan ridículas hacía¹⁴.

Todos hablan de su carácter humorístico. Pero parece que el rasgo que mejor lo definía era la timidez (Ricardo Baroja la empareja con la legendaria de Rubén Darío¹⁵). Era partidario, nos dice Baroja, de tomar las cosas por la tremenda; pero sólo en teoría¹⁶. Quería pasar por un hombre terrible, cuando en realidad era un blando. El raquíptico de Cornuty le hacía temblar con sólo preguntarle si tenía bien asentadas las muelas¹⁷. Cansinos cuenta que cada cual intentaba forjarse su leyenda y que Bargiela «misógino schopenhaueriano» quería pasar por «destripador de mujeres encinta»¹⁸. De su voluntad de pasar por hombre temible

¹² Madrid, p. 143.

¹³ *La novela de un literato* (Madrid: Alianza [Alianza Tres, núm. 103], 1.ª reimpresión, 1995). Todas las alusiones a Bargiela (no valen las referencias del índice de nombres propios, en el tercer tomo, incompletas e inexactas) están en el primer tomo (que cubre los años 1882 a 1914). V. especialmente las pp. 81-87, 90-94, 140-143 y 150-151.

¹⁴ Hay incluso una seriedad en sus reflexiones —las de Bargiela— que no esperaríamos encontrar en el personaje chusco que ofrecen sus otros retratistas: «¿para qué escribir...? La mejor página es la que no se ha escrito... Y además... ¿a qué escribir para estos señores vulgares y estas señoritas cursis que ni nos comprenden ni nos leen? Eso es perder el tiempo..., sencillamente, como dice Villaespesa... Villaespesa es un iluso... ¿Para qué escribe...? Para que le tomen el pelo... Yo prefiero pasear, charlar con un amigo, escribir mis libros en el aire..., lanzarlos como pompas de jabón o bocanadas de humo... Estamos rodeados de cretinos..., ya lo ve usted..., una gente monótona, que camina maquinalmente como las hormigas procesionarias... Es el rebaño de Panurgo... siempre adelante y siempre en el mismo sitio... La vida es tediosa, aburrida como esta interminable calle de Fuencarral... La costumbre, la rutina es lo que mueve a toda esta manada de imbéciles que se reproducen también por rutina... ¿Para qué procrea esta gente...? Yo cuando veo una mujer preñada siento ganas de rajarle el vientre..., comprendo al destripador... ¡Señora!, ¿no se ha enterado usted todavía de que la vida es una cosa absurda...? ¿No ha leído usted a Malthus ni a Schopenhauer?... Pero más vale que no los hayan leído..., porque, después de todo, esta humanidad es pintoresca y divertida...» (*La novela de un literato*, p. 151).

¹⁵ *Gente del 98*, p. 122.

¹⁶ Pío Baroja, *Final del siglo XIX...*, p. 185.

¹⁷ Ricardo Baroja, *Gente del 98*, p. 123.

¹⁸ *La novela de un literato*, p. 81.

dejó constancia en un artículo de la revista *La vida literaria*¹⁹, escrito en un tono pendenciero y notablemente violento.

Indiferente en materia religiosa²⁰, parece que era, a pesar de su aspecto de «kurdo exterminador de armenios», como recuerda Ricardo Baroja²¹, una buena persona. Lo asegura Pío Baroja, que no es poco argumento. De Valle Inclán —ya lo hemos dicho—, que tanto lo maltrataba, habla muy generosamente en *Luciérnagas*²². Ricardo Baroja cuenta que en la penúltima Exposición nacional de Bellas Artes que se celebró en el Palacio del Hipódromo, Bargiela llevó a su amigo el poeta portugués Guerra Junqueiro y le obligó a permanecer durante bastante tiempo ante las obras expuestas de sus amigos, pues no admitía que hubiese nada mejor en aquella exposición²³.

Mientras esperaba destino, aceptó un empleo más novelesco. El periodista francés Julio Gros había sacado de su fantasía la República del Cunani, una especie de paraíso en el que cualquiera, al poco de llegar, ya era ministro, y andaba ofreciendo por poco dinero puestos, tierras, que aceptaron algunos españoles. Bargiela fue uno de ellos. Pero no el único. Zamacois, Manuel y Alejandro Sawa, el capitán Casero —que participó en un levantamiento contra la reina María Cristina—, el anarquista gaditano Salvochea... (Baroja, que comentó el triste destino que acabó alcanzando a todos los que participaron en aquella quimera, se preguntaba qué demonios pintaba un anarquista en un gobierno republicano.) Cuando se descubrió la estafa se encontró más documentación de la que cabría esperar de un país inexistente²⁴.

En 1900 publica el que habrá de ser su único libro, *Luciérnagas*. Antes había escrito algunas obras teatrales en colaboración: *La boquilla de ámbar* (1891), apellidada de «juguete cómico en verso», con Miguel Salcedo Lafuente²⁵,

¹⁹ *Á un...* Soriano (núm. 14, 13 de abril de 1899, pp. 232-234), que además nos revela a un lector muy meticuloso. Sus otras colaboraciones para este mismo semanario, dirigido por Rodríguez Serra, son: un «Nocturno» (núm. 10, 11 de marzo de 1899, p. 167), de un erotismo fino y nada ñoño, una «Elegía» (núm. 12, 25 de marzo de 1898, p. 200), con el tema de un entierro bajo la lluvia, en tono romántico y estilo modernista (ya lo dijo Azorín: a veces recuerda a Valle Inclán), unas notas, más que de crítica, de polémica literaria (*Ojeo*, bajo el pseudónimo de Peranzules, núm. 12, p. 202) y un cuento, «Por el honor» (núm. 19, 18 de mayo de 1899, p. 308), que, limpiado de erratas, aparecerá un año más tarde en su libro *Luciérnagas*.

²⁰ Raimundo García Domínguez (*Borobó*), *El fantasma de Valle Inclán* (A Coruña: Ediciós do Castro, 1986), p. 131.

²¹ *Gente del 98*, p. 122.

²² Diego San José resaltó que lo pone a la altura de Benavente y de Baroja, cuando solo había publicado *Femeninas* y *Epitalumio* («Gallegos ilustres en Madrid: Camilo Bargiela», en *Faro de Vigo*, 28 de diciembre de 1952, p. 6).

²³ *Gente del 98*, p. 87.

²⁴ Los detalles de esta historia los cuenta Pío Baroja (*Galería de tipos...*, pp. 384-386); v. también Sánchez Granjel, *La generación literaria...*, p. 134.

²⁵ Una carta de amor sin firmar, dos boquillas iguales grabadas con las mismas iniciales y dos hombres cuyos nombres responden a esas iniciales, tejen un enredo de celos con una gracia (que

y *Agencia universal* (1897) con Alfonso Tobar, a la que pusieron música los maestros Calleja y Lleó²⁶.

Luciérnagas es un librito en dieciseisavo, impreso en la Tipografía de J. Poveda, en Madrid, de poco más de cien páginas, dividido en dos partes: un conjunto de siete «cuentos y sensaciones» (así subtítulo el libro Bargiela) y un largo ensayo de teoría y crónica literaria, «Modernistas y anticuados». En la portada aparece un retrato del autor hecho por el portugués Leal da Cámara (de cuyos dibujos decía Ricardo Baroja que mejoraban mucho si la luz bajo la que se contemplaban era escasa), retrato que gustaba a Bargiela porque se encontraba parecido a Maurice Barrés. El prólogo está fechado en 1899, tal vez el año de la mayor parte de sus escritos. Comparten muchas cosas estos cuentos. Todos son de asunto amoroso. Salvo uno, todos están escritos en primera persona. No hay ningún intento de reflejo social o cosa parecida. En casi todos se presenta alguna anomalía del comportamiento. Se recurre mucho a comparaciones musicales y siempre hay algo o alguien que canta. En todos hay melancolía, tristeza, belleza diabólica o macabra, orgullo satánico, tintes infernales... toda esa imaginería heredada del romanticismo por los modernistas. Pero sobre todo comparten el estilo, a veces atrofiado de adjetivación, y que, al menos hoy, suena un tanto retórico, y previsible casi siempre. Lo más interesante de estas historias (las dos últimas, «Nocturno» y «Amorosa», no tienen carácter narrativo; son una especie de canto nostálgico a un amor ya ido) son esos comportamientos aludidos, ajenos a una moral convencional. En «Señor Juez de guardia» un enamorado mata a su amada en la cumbre del amor para pasar a la eternidad sin conocer las sombras que acompañan a la pasión. En «Pavesas», el narrador no siente ningún remordimiento en intentar conquistar a la mujer de su amigo. En «Por el honor» —el único que se aleja del lenguaje preciosista y que está cuajado de cursivas del léxico canalla de los navajeros—, un hombre cuenta desde la cárcel cómo mató al que le engañaba con la querida, cómo le rajó la cara a ésta, que había gritado «olé los hombres» al verle matar al otro, y cómo en la cárcel solo le visitaba la mujer legítima, a la que había abandonado por la amante. En «Werther moderno», donde se propone un enigma para resolver con la lectura de dos textos, una mujer escoge la deshonra para demostrarle su amor a un hombre. Y en «Ingenuidad» vemos cómo una mujer engaña a su

depende casi toda de los comentarios que va haciendo un personaje escondido en un balcón) escasa. No se puede decir que sea una obra pésima, pero tampoco lo contrario.

²⁶ Con un humor más conseguido que en la anterior, tal vez porque, siendo como en la anterior casi exclusivamente verbal, esta vez los diálogos —no sujetos además a rima— resultan menos forzados, menos distantes, el ambiente de la piecilla parece más afín al que está viviendo el propio Bargiela: personajes que ya tienen un pie en el hambre y que se mueven en torno a una agencia de colocación, donde los engañados, sin saber que lo están siendo, a su vez engañan en cuanto se les presenta la ocasión. Sánchez Granjel («Recuerdo de Camilo Bargiela», p. 211) le atribuye, también en colaboración con Alfonso Tobar, una zarzuela cómica, *Florín quince principal*, que no he podido localizar.

amante con su marido (este argumento podría prestarse a un desarrollo humorístico, que no le interesa explotar a Bargiela; aun así, uno no puede evitar leerlo con una sonrisa).

El resto del libro lo ocupa —ya lo hemos dicho— un ensayo titulado «Modernistas y anticuados» que incluye las páginas a las que más atención se ha prestado de todas las que escribió Bargiela, y en las que deja caer algunas claves de su ideario personal y artístico: superioridad del individualismo sobre el socialismo, y de lo moral sobre lo dramático y descriptivo en literatura. Empieza clasificando a los intelectuales españoles en tres grupos: *modernistas* —espíritus abiertos a todas las corrientes científicas y artísticas—, *anticuados* —lo opuesto— y *decadentes* —«competencia de los médicos»—. El comienzo es vigoroso. «La generación pasada fue detestable». Asombra su facilidad para el insulto. «Su anodina estolidez ha embrutecido a muchas medianías». Recuerda a Unamuno, al que unas páginas más adelante olvidará. Se puede suponer en qué tono habla de los literatos que se oponen al espíritu revolucionario de las nuevas generaciones. Después pasa a estudiar el caso de Francia. En España, dice, aún no se había hecho el esfuerzo suficiente que en Francia había supuesto la reacción salvadora. Y pasa lista a los escritores franceses que se encargaron de hacerla. Hoy sólo nos suenan algunos. La segunda parte es un examen de la situación española (éstas son sus páginas más comentadas, porque es la primera crónica que habla de los escritores de entonces como grupo generacional con intereses comunes). Comenta que en los cafés —«observatorio de las manifestaciones españolas»—, como en los sistemas planetarios, hay astros, satélites y satélites de satélites y que «el espíritu de estos grupos es deplorable». Y nos da la primera nómina de los escritores que empezaban a despuntar: Valle Inclán —el primero que nombra—, que ya entonces andaba contando aventuras en Tierra Caliente, Benavente, Baroja, rotundo como un bastón con contera. Responsables de la mediocre situación española son el público, los libreros, los editores (a los que hay que cultivar), que publican papeles que sólo valen para «abono» (salva a Campoamor, a Valera, a Galdós, a Palacio Valdés; uno no tiene muy claro contra quién está hablando), los escritores jóvenes, por omisión de una obra artísticamente ambiciosa, y los críticos, de los que nombra al respetado Clarín, al que advierte que, o vuelve a ser el que era y deja de decir «cosas increíbles» —como que envidiaba a Arniches—, o adiós y feliz viaje. Pero las nuevas generaciones tienen un ejército que oponer a todas estas fuerzas. Y empieza de nuevo el recuento: Benavente, Valle Inclán (ahora el segundo; todo son elogios para él), Baroja, Rueda, Ricardo Gil, Eduardo Marquina, Blasco Ibáñez, Alejandro Sawa, Palomero, Lerroux, Navarro Ledesma, Altamira, Carretero, Fuente, Contreras, Dicenta, Manuel Paso, Bonafoux, Luna, Rovira, Costa, Maeztu, Alonso y Orera, Martínez Ruiz, Cuéllar, Orts-Ramos, Martínez Sierra, Villaespesa y otros que no recuerda. Para todos hay buenas palabras. Para todos el arte es su himno de lucha. Baroja, bastante tiempo después, hizo «el padrón de los escritores que empezaban a tener fama por enton-

ces»²⁷. Es curioso comparar las dos listas. De la de Baroja, Bargiela dejó fuera a Burell, a Luis Morote, a López Ballesteros, a Gómez Carrillo, a Unamuno, a Silverio Lanza, a *Fray Candil*, a Manuel Bueno, a Cristóbal de Castro y a Luis Bello. ¿Son voluntarios o no estos olvidos? Es difícil creer que, al menos algunos, no lo sean. Como tampoco incluyó a los hermanos Machado, que por entonces ya tenían obra publicada.

Por estos años escribe en revistas recién creadas. En 1899, en la *Revista Nueva*, de Ruiz Contreras, una colaboración, «Crepúsculo», una instantánea que describe un estado de ánimo recurrente en sus páginas: la melancolía. (En este mismo año, las varias colaboraciones ya señaladas en la nota 19 para *La vida literaria*.) Y en 1903 lo encontramos en *Arte Joven* (en el n.º 4, en el que aparece un retrato suyo, con fecha de 1 de junio de 1901, colabora con «Los peces»), revista que en su parte artística dirigían Ricardo Baroja, Picasso y Evelio Torrenty (información tomada de la exposición del Museo Municipal de Madrid «Los Baroja en Madrid», 7 de mayo a 13 de julio de 1997). Perdidos en periódicos, estudios críticos sobre Ibsen, Hauptmann, D'Annunzio y Suderman²⁸. Y casi tan ilocalizables —al menos algunas de ellas—, traducciones: con Ramón Godoy, *El juglar*, de Theodore Banville; *Más allá del misterio* (Barcelona, 1900), de H. Sienkiewicz; con F. Villaespesa, *La reliquia* (Madrid, 1901), de Eça de Queiroz; y obras de Tolstoi, Maeterlinck y Gorki²⁹.

En el inventario de sus escritos de esta época, habría que añadir un cuento del que habla Azorín y que dice leyó por casualidad, estando en París, en «un volumen de cuentos españoles publicado por la antigua casa editorial de Rosa y Bouret». Azorín no dice el título, pero nos lo cuenta resumido y resulta espléndido. «El cuadro es sarcástico y sombrío», concluye³⁰.

Pero, además de todo esto, Bargiela tiene, como buen escritor que se precie, bastante obra en proyecto o inacabada. Al final de *Luciérnagas* se anuncia, en preparación, un volumen de narraciones cortas titulado *Campesinas*; y como ya en prensa, otro de esbozos y retratos, con el título de *Mi gente* (no sabemos a cuál

²⁷ *Final del siglo XIX...*, p. 186.

²⁸ V. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europea-Americana* (Madrid: Espasa Calpe, 1910), t. 7; Antonio Couceiro Freijomil, *Diccionario Bio-Bibliográfico de escritores* (Santiago de Compostela: Editorial de los Bibliófilos Gallegos, 1951), t. 1, A-E; y *Gran enciclopedia gallega* (Gijón: Silverio Cañada editor, 1974), t. 3. En *Las Noticias* (27 de abril de 1901) escribió: «Con la intensidad de Pío Baroja, el atildamiento sonoro de Valle Inclán, la visualidad de Martínez Ruiz y el diálogo flexible de Benavente, se formaría un literato completo» (separata de *Boletín informativo de la Casa-Museo de Azorín*, núm. 3, junio de 1996, p. 11).

²⁹ V. las fuentes citadas en la nota anterior. En su expediente personal de diplomático se conservan los ejercicios de traducción de su examen de ingreso al cuerpo consular. Y parece que su dominio del portugués era considerablemente superior al del francés. Aunque en *Luciérnagas* la mayoría de los escritores extranjeros que nombra son franceses, los escritores de los que Cansinos recuerda que hablaba son todos portugueses: Eça de Queiroz, Antero de Quental, Guerra Junqueiro y Eugenio de Castro (*La novela de un literato*, p. 81).

³⁰ *Madrid*, pp. 143-144.

se refiere, si a la de su Galicia natal, o a la del Madrid en que vivía entonces). También participó en el proyecto de un folletín a cuatro manos (la suya, la de Maeztu, la de Valle Inclán y la de Baroja. Nada menos), que iba a titularse *Los misterios del Transvaal*, que se ofreció al editor González Rojas y que este rechazó —es una lástima— cuando solo Maeztu había escrito su parte ³¹.

Para sorpresa de todos, el nombramiento llegó y Bargiela fue destinado como cónsul a Manila. Se había presentado a las oposiciones de ingreso en la carrera consular a finales de 1896 ³². Por la documentación presentada, nos enteramos de la fecha exacta de su nacimiento: el 25 de diciembre de 1864 ³³. Sus padres fueron Manuel Bargiela, natural de Tuy, y Josefa Pérez, natural de Vigo, vecinos ambos de Tuy. Y le pusieron el nombre de Camilo Manuel. De niño estudió en un internado de Pontevedra ³⁴, y, ya joven, Derecho en Santiago, donde —según él mismo dice— fue condiscípulo de Valle Inclán, y en cuya tuna (para la que escribió con Pérez Costanti una obrilla teatral titulada *La tuna por dentro*) nos lo encontramos hacia 1886 recorriendo Galicia, Salamanca y el norte de Portugal³⁵. Después de que murió Bargiela, surgió el rumor de que *La casa de la Troya* la había escrito él. Ricardo Baroja lo niega con humor. «No la he leído —dice—. Me imagino que será libro de trescientas o más páginas, por lo que no creo que fuera escrita por Bargiela. Era, al menos durante la época en que vivía con nosotros,

³¹ Sánchez Granjel, «Recuerdo de Camilo Bargiela», p. 211. Así lo cuenta Baroja: «Me acuerdo que entre cuatro o cinco: Bargiela, Maeztu, Valle Inclán, no sé si alguien más, y yo, fuimos a proponerle al editor González Rojas la edición de un folletín titulado *Los Misterios del Transvaal*, y para el que Valle Inclán propuso que Bargiela se ocuparía de los secretos de la diplomacia, yo de venenos y él de cosas de América... Claro que González Rojas no juzgó admisible nada de esto y tuvimos que dejarlo». Y Maeztu añade: «Sí, es verdad, íbamos a hacer, entre todos, aquellos *Misterios del Transvaal*, que yo, después, publiqué solo en cuarenta y tantos folletines de *El País*» (son declaraciones que recogió la revista madrileña *Estampa* —en el núm. 11, enero de 1936— a la muerte de Valle Inclán. Cito por Zamora Vicente, *Valle Inclán, novelista por entregas*, p. 78, nota). Hay edición moderna de esta obra: Van Poel Krupp (Ramiro de Maeztu), *La guerra del Transvaal y los misterios de la banca de Londres* (Madrid: Taurus, 1974), prólogo de E. Inman Fox.

³² La instancia en la que solicita la admisión a dichas oposiciones es de fecha de 30 de noviembre de 1896. La acompañó de una partida de bautismo y de un certificado de buena conducta (política y moral), expedidos en Tuy el 22 de ese mismo mes. Los ejercicios de idiomas están fechados el 14 de diciembre.

³³ A las seis de la tarde; y, aunque Melchor Almagro San Martín (*Biografía de 1900* [Madrid: Revista de Occidente, 1943], p. 95) habla de su típico acento de Lugo, en Tuy («Tyde la muerta», la llama Bargiela en *Luciérnagas*). Fue bautizado en la Santa Iglesia Catedral de Tuy, por D. José Benito Martínez, y los padrinos fueron D. Camilo y D.^a Cristina Molins, hermanos, vecinos de Vigo, «y en su nombre lo sostuvieron en la pila D. José Gómez Presbítero y D.^a Elvira Molins. Por la misma partida de bautismo sabemos que solo vivían sus abuelos paternos (naturales de Tuy y de San Pelayo de Alján; los maternos eran de San Pedro de Sárdoma y de La Guardia; todos ellos, pues, gallegos. V. el legajo P44 del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores).

³⁴ V. la reedición de los artículos de Gerardo Álvarez Limeses, «La casa de la Troya (I y II)», en *Faro de Vigo*, 8 y 9 de agosto de 1994, pp. 31 y 21, respectivamente. El autor fue amigo de infancia de Bargiela y los artículos aparecieron originalmente en el mismo periódico en el año 1924.

³⁵ Raimundo García Domínguez, *op. cit.*, pp. 15-19.

incapaz de terminar una obra de tales dimensiones»³⁶. El asunto debió de dar que hablar, hasta el punto de que Pérez Lugín llevó a los tribunales a un periodista por dar pábulo al rumor. En los artículos mencionados, Gerardo Álvarez Limeses, con argumentadas razones, dice que Bargiela solo tuvo una participación pasiva en esa novela: inspiró —y solo en parte— el personaje de Casimiro Barcala. (Álvarez Limeses, por otra parte, pinta el retrato de un Bargiela conquistador, impetuoso, atrevido, buen orador, desenvuelto, etc., que no se corresponde por completo con el que dejaron quienes lo conocieron más tarde.) En esta época de Santiago escribe sus primeras colaboraciones, en revistas cómicas: en *Café con gotas*, —Semanao humorístico sin tostadas», publicado en Santiago y en cuya 3.^a época (1888) colaboró Bargiela (también el primer Valle Inclán) con versos humorísticos y piecicillas teatrales³⁷, en el semanario *Tuy humorístico*³⁸ y en *La Novedad*, también de Tuy, en 1890 —fue lo que duró el periódico—³⁹.

Si hemos de creer a Sánchez Granjel, antes de 1896 ya estaría en Madrid, pues en esa fecha llega Valle Inclán y se incorpora a las tertulias a las que «ya era asiduo Bargiela»⁴⁰. Oposita, como ya hemos visto, al cuerpo diplomático y aprueba —es más: consigue el número uno—. Su expediente de diplomático nos permite reconstruir muchos de sus avatares. Al aprobar, se le reconoce el derecho a ocupar alguna de las vacantes que se produzcan en un plazo de dos años. Llega el año —emblemático— de 1898, han pasado los dos años y no se le ha asignado destino. Antes de que venza el plazo, presenta —con fecha de 9 de diciembre— una instancia para que se le dé una plaza, ya que hay vacantes, o para que le reconozcan el derecho a ingresar en la Carrera sin limitación de tiempo. El 21 de diciembre se le comunica que la Reina Regente ha dejado sin efecto el plazo de dos años para ocupar su plaza de vicecónsul, pero que tendrá que esperar a que cese alguno de los que están en activo. La espera será de seis años. El 14 de enero de 1905 es nombrado vicecónsul en Manila. Unos días más tarde solicita un atraso en la incorporación a su destino por enfermedad. Se le concede un mes, y, por fin, el 6 de mayo toma posesión de su cargo en Manila. Allí estuvo dos o tres años, dice con indiferencia Baroja⁴¹. En realidad no llegó a los dos años. El 14 de marzo de 1907 le nombran vicecónsul en Génova, pero no llega a tomar posesión, porque catorce días después (el 28) le nombran cónsul de segunda clase, en comisión, en Casablanca, plaza de la que toma posesión el 5 de agosto. Dos años después (el 15 de febrero de 1909) llega el ascenso a la plaza de cónsul de segunda clase que desempeñaba en comisión y se le confirma en el consulado de Casablanca.

³⁶ *Gente del 98*, p. 123.

³⁷ Raimundo García Domínguez, *op. cit.*, pp. 27-30. Álvarez Limeses habla de Bargiela como fundador de esta revista.

³⁸ La *Gran Enciclopedia Gallega*, ya citada, dice que duró los últimos meses de 1898.

³⁹ V. Sánchez Granjel, «Recuerdo de Camilo Bargiela», p. 211, y Antonio Couceiro Freijomil, *Guía Bio-Bibliográfica...*

⁴⁰ *Maestros y amigos...*, p. 201.

⁴¹ *Galería de tipos...*, p. 387.

Poco antes, en diciembre de 1908, se le concede la Cruz roja de segunda clase del mérito militar por su participación en unos hechos que no conocemos bien ⁴². Baroja —nadie como él para rebajar méritos ajenos— lo cuenta con escepticismo:

«A la vuelta [de Manila] hacia Europa, el barco donde venía paró en Casablanca, y al bajar los pasajeros, se armó una ensalada de tiros entre moros y franceses y hubo muertos y heridos. No creo que Bargiela hiciese más que cualquier otro habitante del pueblo, es decir, meterse en un portal a esperar a que pasara la refriega; pero, como a diplomático, le dieron la Cruz del Mérito Militar, con distintivo rojo, que se otorga a los que toman parte en un encuentro militar» ⁴³.

En julio del año siguiente solicita dos meses de licencia, que se le conceden. Es a estos días a los que se refieren los testimonios de Baroja —que le hace llegar transformado (porte de gran caballero, condecoración en la solapa, muy distinto del bohemio que todos habían conocido) a Madrid, de donde partiría a su Galicia natal para morir allí al poco tiempo anónimamente—⁴⁴ y de Álvarez Limeses, que dice que se lo encontró por entonces —no lo veía desde la juventud— en Tuy, donde estuvo unos días, en los que aún tuvo tiempo de escribir alguna colaboración en *La Opinión*, y que después marchó a Casablanca, de donde al poco tiempo llegó la noticia de su muerte. Baroja lo hace morir en Galicia, y Miguel Pérez Ferrero dice que «cayó impensada y heroicamente en su puesto africano»⁴⁵. Pero no fue ni en Galicia, ni heroicamente (ni en la fecha que se suele dar). Murió, de un infarto, el viernes 1 de julio de 1910. El secretario del Consulado se lo encontró desplomado en su despacho hacia las 11 de la mañana. El entierro tuvo lugar al día siguiente a la cinco y media de la tarde. Los recortes de prensa describen un espectacular cortejo fúnebre, con más de 5.000 asistentes (toda la población europea de Casablanca), gran cantidad de coronas florales, abundante acompañamiento militar, salvas de honor... Uno de esos recortes, del diario *La Vigie Marocaine* ofrece datos biográficos que no sabemos hasta qué punto son fiables y que, como no aparecen en ninguna otra parte, habrá que tomar con cautela: empezó estudiando en el Seminario de Tuy, se licenció en

⁴² Unos días antes de concedérsele, el ministro de Hacienda escribe al de Estado, Manuel Allendesalazar: «Como todos los Cónsules que han intervenido en los sucesos de Casablanca han sido condecorados por sus Gobiernos respectivos con alguna distinción, ruego á V. no se olvide del nuestro, D. Camilo Bargiela, gran amigo, quien, por sus merecimientos, es acreedor á que se le recompense con la Cruz roja de 2.ª clase del Mérito Militar, cuya propuesta, le encaréczo, haga, en seguida, al Ministro de la Guerra» (legajo C316(2) del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores). En una columna del diario *La Vigie Marocaine*, del 2 de julio de 1910, con motivo de la muerte de Bargiela, leemos «nous nous souvenons avec reconnaissance du beau geste qu'il eut, lors de l'assassinat du lieutenant Méaux», lo que tal vez tenga relación con los sucesos mencionados.

⁴³ *Galería de tipos...*, p. 387.

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ *Algunos españoles* (Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1972), p. 63.

derecho civil y canónico en Santiago, trabajó de periodista en Madrid, ayudante del ex Ministro González Besadas ⁴⁶, distintos cargos en el Ministerio de Hacienda, subdirector de la Cía. Azuquera de Motril y —por fin algo conocido— vicecónsul en Manila. La única alusión a su condición de escritor —el único motivo por el que aún se le recuerda algo— son estas tres líneas: «M. Bargiela était en outre un homme de lettres très apprécié, et il fit plusieurs pièces de théâtre fort goûtées».

Parecería que a su muerte la literatura había desaparecido de su vida. Pero sabemos que dejó inconclusa una novela de costumbres hispano-filipinas, *Los pavos reales*, que había empezado a publicar en el semanario gallego *La Opinión*, y en la que, según su amigo Álvarez Limeses, tenía puestas muchas esperanzas ⁴⁷. (Puede ser sintomático de su evolución personal que empezase con luciérnagas y que acabase con pavos reales.)

No parece que, ni siquiera en vida, sus propios amigos, o al menos correli-gionarios, se lo tomasen demasiado en serio como escritor. Hablan mucho más de él que de sus escritos, breves y escasos (el volumen que los recogiera todos se leería en, si acaso, algunas horas). «Gotas de luz con deleznable brillo y efímera existencia», dijo él mismo de sus *Luciérnagas*. ¿Sospechaba que con esta declaración, que no podía ser sino fingida modestia, estaba diciendo la verdad? Incluso hoy, parece más interesante como personaje que como autor literario. Sánchez Granjel lo reconoce en varias novelas de Baroja ⁴⁸ (y no olvidemos *La cara de Dios* o *La casa de la Troya*).

Posiblemente en lo que más se adelantó —tal vez en lo único que se adelantó— a los escritores de su generación fue en la fecha de su muerte (él fue el primero, Candamo el último). Camilo Bargiela, figura representativa de aquel grupo magnífico, tan numeroso, del que el tiempo, poco a poco, va desalojando a tantos, como si les aplicase una segunda muerte; de aquel grupo, a muchos de cuyos miembros la historia de la literatura ha acabado mirando con un desvío inexplicable.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMAGRO SAN MARTÍN, Melchor (1943): «Biografía de 1900», *Revista de Occidente*, Madrid.
 ÁLVAREZ LIMESSES, Gerardo (1994): «La casa de la Troya (I y II)», en *Faro de Vigo*, 8 y 9 de agosto, pp. 31 y 21, respectivamente.
 AZORÍN (1941): *Madrid*, Madrid, Biblioteca Nueva.
 — (1956): *Escritores*, Madrid, Biblioteca Nueva.

⁴⁶ Según Álvarez Limeses, fue condiscípulo en Santiago; le dedicó un cuento de *Luciérnagas*.

⁴⁷ V. sus artículos ya citados y el también citado *Diccionario Bio-Bibliográfico* de Couceiro Freijomil.

⁴⁸ *Recuerdo de Camilo Bargiela*, p. 210.

- BAROJA, Pío (1945): *Desde la última vuelta del camino. Final del siglo XIX y principios del XX*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1947): *Desde la última vuelta del camino. Galería de tipos de la época*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1947.
- BAROJA, Ricardo (1989): *Gente del 98*, Madrid, Cátedra, ed. de Pío Caro Baroja.
- CANSINOS ASSENS, Rafael (1995): «La novela de un literato», Madrid, Alianza (*Alianza Tres*, núm. 103), 1.ª reimpresión.
- CARO BAROJA, Julio (1972): *Los Baroja (Memorias familiares)*, Madrid, Taurus.
- COUCEIRO FREIJOMIL, Antonio (1951): *Diccionario Bio-Bibliográfico de escritores*, Santiago de Compostela, Editorial de los Bibliófilos Gallegos, tomo 1, A-E.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europea-Americana* (1910): Madrid, Espasa Calpe, tomo 7.
- Gran Enciclopedia Gallega* (1974): Gijón, Silverio Cañada (ed.), tomo 3.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, Raimundo (1986): *El fantasma de Valle Inclán*, A Coruña, Edición do Castro.
- GULLÓN, Ricardo (dir.) (1993): *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, Madrid, Alianza Editorial, tomo 1.
- PAZ-ANDRADE, Valentín (1967): *La anunciación de Valle-Inclán*, Buenos Aires, Losada.
- PÉREZ FERRERO, Miguel (1972): *Algunos españoles*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.
- SÁNCHEZ GRANJEL, Luis (1959): *Panorama de la generación del 98*, Madrid, Ediciones Guadarrama.
- (1960): «Recuerdo de Camilo Bargiela», en *Baroja y otras figuras del 98*, Madrid, Ediciones Guadarrama, pp. 207-217.
- (1973): *La generación literaria del 98*, Salamanca, Anaya.
- (1981): *Maestros y amigos de la generación del 98*, Salamanca, Universidad.
- SAN JOSÉ, Diego (1952): «Gallegos ilustres en Madrid: Camilo Bargiela», en *Faro de Vigo*, 28 de diciembre, p. 6.
- ZAMORA VICENTE, Alonso (1973): «Valle-Inclán, novelista por entregas», Madrid, Taurus (*Cuadernos Taurus*, núm. 117).
- (1983): *La realidad esperpéntica (Aproximación a «Luces de Bohemia»)*, Madrid, Gredos, 2.ª ed.